

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA. PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

NI ARRIBA NI ABAJO

Razón tuvo Silvela—¡oh pueblo *terque, cuater-que beatut!*—al aseverar que tu admirable instinto te ha preservado de un gran riesgo. A menos que el milagro se deba, según también lo insinuó el propio estadista, á la visible protección que la divina providencia viene otorgándote de tres siglos á la fecha. Divina ó humanamente inspirada, tu conducta no pudo ser más cuerda. Tras un desastre como el tuyo no hay en toda la redondez del planeta un solo pueblo, ni uno solo, que no hubiese hecho una de esas que llamarse suelen de *pópulo bárbaro*. Tú comprendiste la situación, te penetraste del caso, miraste lo que más te convenía y resolviste... no hacer nada.

De buena te has librado. ¿Quién sería capaz de enumerar los males que hubieran caído sobre ti si, dejándote arrastrar por tu natural fogoso, llegas á destruir el retablo? Acaso reinara la miseria en los campos. Acaso los obreros de las ciudades carecieran de trabajo y de pan. Acaso la pequeña propiedad hiciera bancarrota. Acaso la depreciación de la moneda elevara los precios hasta hacer imposible la vida. Acaso hubiera españoles que llegaran á renegar de la patria y la maldijeran. Acaso una reacción subsiguiente te hiciera feudatario del Vaticano y entronizara en España el dominio de la frailocracia. Quién sabe qué cifra alcanzaría la emisión del papel moneda. Quién sabe si la sociedad no sucumbiría abrumada bajo la carga del Estado. Quizá los intereses de la deuda absorbieran casi la mitad del presupuesto. Quizá, en medio de la perturbación general, quedarán desatendidas la instrucción y la riqueza públicas. Quizá las pasiones revolucionarias llevarán á algunos á cometer actos de crueldad que te deshonrarán á los ojos del mundo culto. Quizá los carlistas acechasen y aprovecharan la ocasión de lanzarse al campo. De temer es que la criminalidad se acreciera, la seguridad personal fuera un mito, el régimen parlamentario fuese una mentira, el derecho de los ciudadanos se convirtiese en una farsa, grandes fortunas se improvisaran al amparo de las turbulencias, la justicia se declarase impotente para castigar los delitos, una inmundicia sin nombre lo invadiese todo y el extranjero rapaz espíara la agonía de la patria para repartirse sus despojos. No hay mal que no sea posible en medio de las grandes perturbaciones revolucionarias.

De todos estos horrores te ha salvado tu soberano instinto, desinteresadamente enaltecido por aquellos que de él se aprovechan. Gracias á esa nunca bien alabada prudencia, has visto y verás cosas buenas. Viste—¡caso inaudito!—al Gobierno signatario del tratado de París sobrevivir á tu imperio y á tu honor difuntos. Viste, en días en que todos proclamaban aquí la necesidad de una radical revolución, subir al poder á los conservadores; reaccionarios, vaticanistas, regionalistas, con su cohorte de chupacirios y sacristanillos, encargados de convertirte en un pueblo civilizado. Los viste caer, ante los silbidos de las turbas, á impulsos del motín, incapaces, impotentes, inservibles, hechos un guñapo. Viste resurgir á los hombres del 98, llamados á resolver el problema clerical por la prerrogativa de Electra, sin que á tu rostro asomara, al contemplarlos de nuevo, el sonrojo de tal afrenta. Los has visto hundirse mal trechos, divididos, desprestigiados, imposibles, renegados de la libertad, traidores á su misión, rodeados de una atmósfera irrespirable de inmoralidad y podredumbre, entre la execración de los extraños y la desdenosa indiferencia de los suyos. Ahora ves la resurrección del silvelismo sacristanesco, representado por la inverosímil coalición de un escéptico y un fanático, y recibiendo en paz, casi con benevolencia por una opinión descreída, resignada ya á todos los vilipendios. Y verás más. Verás alzarse de su tumba á los muertos de hoy como hoy se alzan los muertos de ayer. Verás caer de nuevo á estos Pantofas hechos cisco y entronizarse de nuevo en su lugar los dinásticos, fabricantes de asonadas. Verás como otra vez se derrumba por su propio peso el seudoliberalismo sagastino y como otra vez se yergue sobre sus ruinas el cadáver putrefacto de la conservaduría. Y así hasta el fin.

Bien sé ¡oh pueblo magnánimo! que estás amenazado de una revolución desde el poder; no, no la temas. Son imaginaciones de Maura. Todo se

reducirá á enviar á la *Gaceta* otro poco de original. Cambiarán los Ayuntamientos de postura, que será cambiar de dolor. Se distinguirá entre un caciquismo bueno, el de casa, y otro detestable, el de enfrente. En los conflictos sociales se amparará al capital contra el trabajo. El mauser tendrá la palabra, y el Moloch del orden público recibirá en holocausto nuevas víctimas. Se asegurará la solvencia del Estado estrujando al contribuyente hasta la extinción del vital aliento. Se amparará á la frailería y se declarará resuelto el problema clerical suprimiendo alguna canonjía ó mermando algún beneficio. Se atará corto á la prensa y se hará tabla rasa de las libertades públicas. Se celebrará una nueva representación de la tan aplaudida tragicomedia electoral. Y he aquí todo. ¡Revolución de arriba! ¡Es que las revoluciones se hacen desde el poder! En visperas del gran sacudimiento de 1789 un viento revolucionario sopló de Europa entera. El desequilibrio entre las ideas y los hechos se hizo manifiesto. Todos comprendieron la necesidad de transformar de arriba abajo aquella sociedad caduca. Los mismos pastores del rebaño acometieron la empresa. No se llamaban aquellos reformistas Maura, Silvela ó Villaverde, sino la gran Catalina en Rusia, el gran Federico en Prusia, Turgot y Malesherbes en Francia, Pombal en el reino lusitano, Aranda y Floridablanca en España. Fracasaron, sin embargo. Para que el derecho prevaleciera menester fué que pasaran por el mundo los Necker, Mirabeau y Bailly y aun los Danton, Saint Just y Robespierre. Nadie redime al que no se redime. Es principio ortodoxo el de que el propio Dios no puede salvar al que á sí mismo no se salva. Los que viven y medran en este pudridero no irán á limpiar la cloaca por una pulcritud desintencionada y envidiosa.

¡Adelante, pues! ¡Macte ánimo! Bueno es que se resignen con su suerte quien no sabe labrarse otra mejor. Más pasó Cristo por nosotros. La vida es breve; la bienaventuranza eterna. Después de todo, tu Calvario no puede ya prolongarse mucho. La gran libertadora se acerca. No hay síntoma hipocrático que no presente tu cuerpo de mártir. Muere en paz ¡oh pueblo archilongánimo! bien confesado, bien comulgado, bien oleado, confortado por los Santos Sacramentos, asistido de todos los auxilios espirituales y después de haber recibido, en el trance postrero, la bendición apostólica de Su Santidad.

ALFREDO CALDERÓN

PARABOLA

Porque en vano vino, y á ti nieblas va, con tinieblas será cubierto su nombre.
Eclesiastes IV, Cap. VI.

Y era en la isla de Ceylán, en el séptimo siglo antes de la venida del Cristo, en la séptima encarnación de mi alma, en el tiempo en que Sakyamouni predicaba por el mundo y enseñaba la Ley, ley de gracia para todos los hombres. Y era en la isla de Ceylán...

Y mi alma triste había encarnado en el cuerpo de un paria. En los momentos de descanso tras de las rudas faenas, un compañero, esclavo como nosotros, leía las plégarias y los himnos santos, santos himnos que escribieron el solitario de la familia de los Sakyas y sus discípulos. Y yo oía las sentencias del Buda, pero no meditaba en el dolor, ni en la muerte, ni en la tristeza, ni en la miseria de las alegrías del hombre; meditaciones que abren al asceta las puertas de la misteriosa ciudad de la Nirvana, en donde se es sin ser, y en donde se duerme el eterno sueño del aniquilamiento; lejos, muy lejos de las miserias y de las torpezas del mundo, en los dominios de la paciencia y del reposo, fuera del ingrato océano de la creación dolorosa.

Y mi corazón estaba turbado por la vanidad y mis ojos no veían la luz en el camino. Porque amaba los goces de la vida, falsos como el eco de las cavernas y como las sombras reflejadas en los ríos, y quería apurar la copa del placer, que es tan sólo receptáculo del dolor y de la liviandad...

Y el espíritu inspirador de los deseos y de las pasiones me infundió el entusiasmo por la aborrecible existencia. ¿Qué necesito—pensé—para encontrar la dicha? Ser libre; la libertad basta para mi dicha.

Y fui libre, y me acosó la miseria, y viví desgraciado años y años.

Y no encontré la dicha.

—¡Oh!—pensé entonces—. ¿Qué engaño el mío! No basta la libertad para ser dichoso. Se necesita también la riqueza.

Un día me encontré dueño de una fortuna considerable, y vi satisfechos sin esfuerzo mis necesidades y mis deseos.

Y no encontré la dicha.

—¿De qué me vale la riqueza—dije después—, si mis mayores ambiciones no puedo satisfacerlas? ¡Oh! Si yo fuera poderoso.

Y fui poderoso y tuve un país bajo mi dominio, y esclavos y elefantes gigantes, y carros de oro, y jardines colgantes, y mujeres adornadas con piedras preciosas.

Y no encontré la dicha.

Y cuando el poderío se me hizo repulsivo, quise ser sabio, y estudié en Egipto, y en Babilonia, y en Persia, y en Caldea, y medí la distancia de los astros y calculé las alturas del sol. Y vi que en la mucha sabiduría hay mucha molestia, y que quien añade ciencia añade dolor.

Y no encontré la dicha.

Y recorrí el mundo, hasta las tierras del extremo Occidente, y vi las grandes y fastuosas ciudades del Mediterráneo, cuna de los más refinados placeres.

Y no encontré la dicha.

Y, resignado, volví á la isla de Ceylán, y volví á ser paria y volví á sufrir, y esperé tranquilo la hora de la muerte, la dulce hora de perder la personalidad en el crepúsculo del pasado y de fundirse en la augusta inconsciencia, como un rayo de sol en las masas azules de los mares.

Hay en los libros de Zarathoustra y en las sentencias del hebreo Jesús Ben Sirach parábolas más profundas y de más sutil enseñanza; pero de cierto os digo que á vosotros, cuyo corazón está turbado por la vanidad y cuyos ojos están cegados por el orgullo, os puede ser útil para la salud de vuestra alma la historia de esta vida, séptima encarnación de mi espíritu en el cuerpo de un esclavo, en la isla de Ceylán.

Pío BAROJA

CANOVAS REDIVIVO

(MONÓLOGO)

—Pues señor, me divierto de lo lindo, aunque no lo parece. He intentado entrar en el Congreso, y me han cerrado la puerta... He intentado entrar en la Presidencia, y el portero mayor me ha dado un bufido... ¡Qué pronto se han olvidado de mí! Ya nadie me conoce, ya nadie se acuerda del gran Cánovas. ¡Qué frágiles de memoria son mis contemporáneos!

Ahí va Tejada de Valdosera. Le llamaré á ver si me reconoce. ¡Eh! ¡Tejada! ¡Tejadaaaa! Que soy Cánovas, que soy D. Antonio. ¡Nada! ¡Me mira y pasa de largo! ¡Majadero!

Pues yo necesito hablar con alguien, yo necesito informarme de lo que pasa en Madrid. Interrogaré á ese guardia de orden público. Tiene cara de animal. Y los animales suelen ser sinceros. Diga usted, guardia: ¿quiénes están en el poder?, ¿los liberales ó los conservadores? ¿Que ni los unos ni los otros? ¡Pues no lo entiendo! Vamos, habrá habido una transformación en los partidos; se habrá roto el pacto del Pardo. ¡Ya era hora! ¿Qué dice usted, que Silvela?—¡Silvelilla!—se ha unido en matrimonio con Maura, y ambos ocupan el poder. ¡Buena boda! ¡Gran matrimonio! ¡Silvela y Maura, el zorro y la zorra! ¡Y el duque de Tetuán! ¡Y Pidal! ¡Y Romero! Conque el buen duque haciendo, como siempre, el paso; Pidal, resignado, y Romero en espera de los acontecimientos. ¡Buen terceto de tontos! Y, mientras tanto, Maura cargando con el santo y la limosna! Pues señor, esta gente, desde que yo no la dirijo, han perdido la poca cabeza que tenían. ¡Tontos de remate!

¡Conque el partido liberal deshecho! Era de esperar. Sagasta es un espíritu destructor. Todo muere en sus manos: los hombres y las ideas. Mató á Ruiz Zorrilla, á Serrano, á Martos, á Castelar... Perdió las colonias, arruinó á la nación, asesinó á la libertad... ¡Hombre funesto!

De modo que aquí seguimos como si no hubiera pasado nada. Cae Sagasta y le sucede Silvela, cae Silvela y le sucede Sagasta. ¡Los mismos hombres, las mismas ideas! ¡Desdichado país! ¡Pobre España!

¿La regeneración? ¿Qué habla usted de regeneración! Este es un país perdido, incapaz de nada bueno. ¡Ni la paz y caridad le salva! Salisburi tuvo razón al decir que estábamos muertos. ¡Muertos y enterrados! ¡Sagasta otra vez en el poder! ¡Silvela otra vez en el poder! ¡Guardia, actúe usted de Angiolillo y pégume usted una docena de tiros en cualquier parte! ¡Yo no quiero continuar viviendo aquí! ¡Yo soy un hombre digno y honrado! ¡Mátame usted!

EXCESO DE CELO

(CUENTO, Ó COSA PARECIDA)

Próximo el incierto día de dar á luz Leonor, y habiendo dicho el doctor que el campo la convenía, fué trasladada á Burguillos (ya supondréis en qué estado) con su esposo, el diputado por Chamba, Ramón Pinillos; y al saberlo, al tal Ramón le quisieron demostrar en Chamba particular afecto y estimación, haciendo á San Juan bendito solemnisimas funciones los de las tres poblaciones con el fin de que á su tiempo saliera de su cuidado la esposa del diputado sin el menor contratiempo. El caso es que en cada cual de los tres pueblos vecinos, tuvieron los campesinos, á costa de su caudal, rogativas á docenas, y misas y procesiones y rosarios y sermones y motetes y novenas. A San Juan con fe creciente festejaron de mil modos; mas no le pidieron todos lo mismo precisamente; pues mientras en Fuente Ortega le pidieron, ¡pobrecillos! que diera un nene á Pinillos tan rubio como una espiga, las mozas de Villabuena preferían que naciese un retoño, que tuviese pelo negro y tez morena; y á su vez, con gran apuro, pedían los de Alcanadre que Pinillos fuera padre de un chico castaño obscuro. San Juan, para resolver, fué ante Dios á consultar, y ¡qué había de pasar! lo que era de suponer; que al fin la pobre señora del diputado Pinillos, echó al mundo tres chiquillos en menos de un cuarto de hora. Y aunque al soltar más de dos no la hizo gracia el bromazo, con los tres en el regazo le daba gracias á Dios, diciendo: ¡Señor bendito! ¡Valiente rato me dan si hacen fiestas á San Juan los cien pueblos del distrito!

Y ahora me pregunto yo: Si no hubiesen hecho nada, ¿hubiera la diputada soltado tres hijos? No. Mirad, pues, de qué manera por un excesivo celo, tanto aquí como en el cielo le fastidian á cualquiera.

DON QUIJOTE

MAURA



—Hago las elecciones, traigo una mayoría *Maurista*, y en la primer ocasión que se me presente le doy un puntapié á Silvea y otro á Villaverde. ¡Me parece que mejor modo de hacer la revolución, desde arriba!

DATO

VILLABERDE



—Hago el presupuesto de la regeneración; reviento al contribuyente; contrato un empréstito como aquel de marras, y en cuanto que pueda le doy un puntapié á Maura y otro á Silvea. ¡Porque conmigo no juega nadie!

LOS PROYECTOS DE LOS MINISTROS

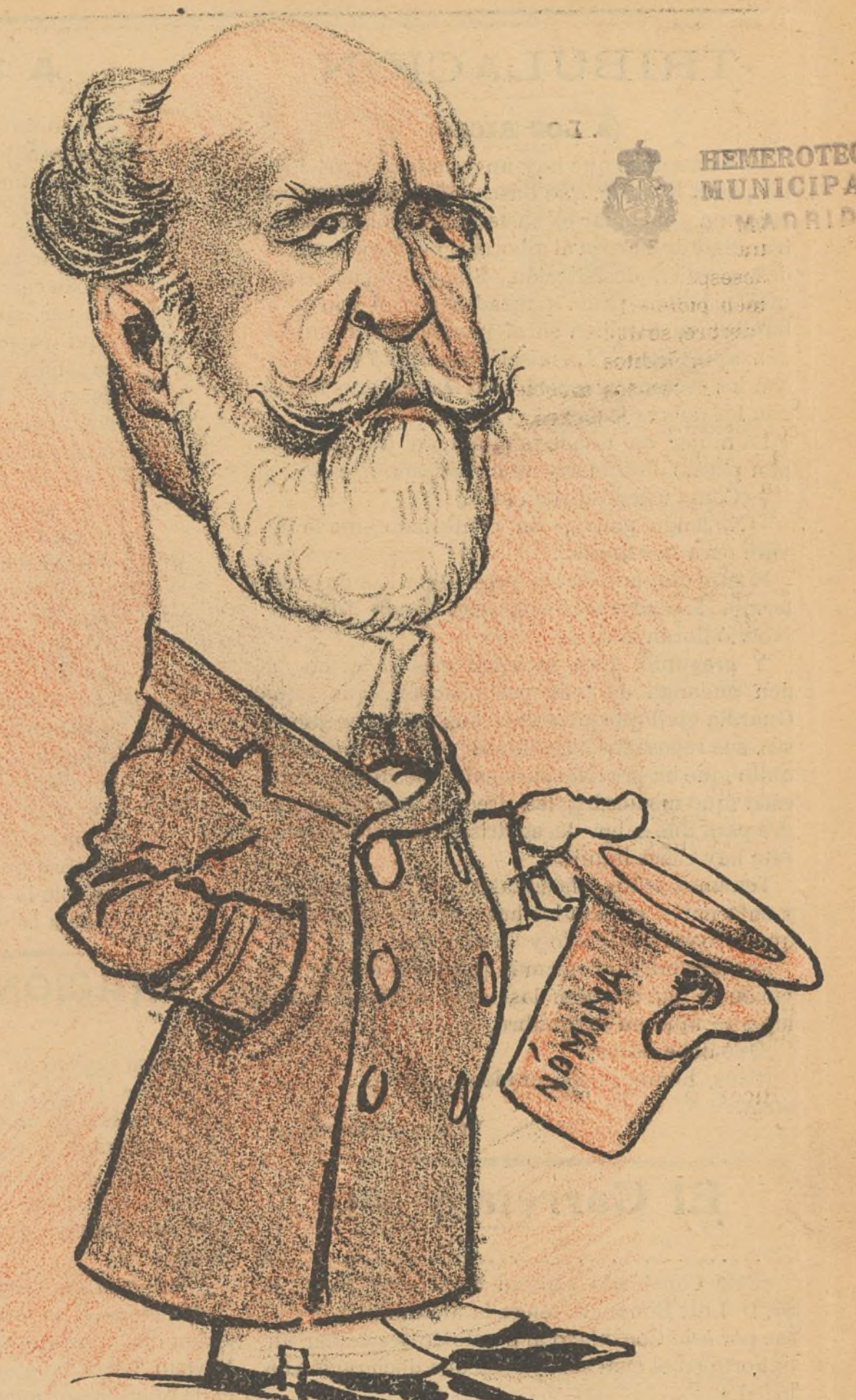
SANCHEZ TOCA



—¡Si logro hacer esos acorazados!...
—¡Yo entiendo!

LINARES

ABARZUA



—Fiel á mis principios yo no tengo otros proyectos que firmar la nomina todo el tiempo que pueda. ¡V viva la dignidad política!

ALLENDESA LAZAR



—¡Que reformas sociales, ni que niño muerto! ¡Reventar á Maura, esos son todos mis proyectos!



—Voy á declarar granjas modelos los jardines de todos los conventos.



—No tengo otros propósitos por el momento que divorciarme de Maura. Ese hombre es como el aceite: siem está encima. ¡V es tan pesado!



¡Voto á Santiago de Cuba! ¡Mil bombas! ¿Mis proyectos? ¡Echar abajo todo lo que haya hecho Weyler.



—¿Que cuales son mis proyectos? Pues los que quiera mi mamá, digo, Villaverde.

TRIBULACION

(A LOS RICOS)

Yo os aseguro que hay un hombre cuyos hijos pasan hambre, que busca afanosamente trabajo con que ganar el sustento, y no lo encuentra... Sale de su casa al albalear, vuelve a la noche desesperado, desfallecido... Sus pequeños gimen pidiendo pan... punzados por el frío y el hambre, se duermen en el puro suelo en un rincón, apiñaditos... La miseria arrastró con todo: con los escasos muebles, con las miserables ropas, con los pobres lechos...

La mujer ha estado lavando en una casa, le han puesto de comer y no ha probado bocado...

—¡Coma usted!—le han dicho.

--No tengo ganas,—ha contestado—me lo llevaré para mis nenes...

El otro día, uno de los pequeños, se puso enfermo... la madre salió dispuesta a pedir limosna... ¡volvió llorando!

Y pregunto. Esta sociedad mesurada, de orden, enemiga de toda perturbación, que tiene Guardia civil que garantice sus sagrados intereses, sus reposadas digestiones y su dormir tranquilo ¿qué medios legales ofrece a ese infeliz padre para que salga de su triste situación? Como éste hay casos infinitos.

Tenemos asilos y hospitales para los desvalidos y enfermos... ¿y para los hombres sanos y fuertes que carecen de trabajo y de sustento?

Ese hombre no tiene más que dos caminos: o la violencia que castigan las leyes, o dejar que sus hijos se mueran de hambre.

¿Qué debe hacer?

Ricos, hombres mesurados... ¡contestad vosotros!

VICENTE MEDINA

El Garreta y yo.

«Este Consulado general de España ruega al Sr. D. Luis Bonafoux tenga la amabilidad de pasar por este Consulado al objeto de despachar un exhorto en el cual se interesa una declaración de usted.»

Como me alarmara un tanto la idea de que me supusieran complicado con alguno de los personajes que tomaron copas con el Garreta, cuando estuvo de paso, y sin que nadie le molestase, en París, procuré enterarme de mi delito, y supe entonces que consistía en un artículo mío publicado en DON QUIJOTE; pero como no recordaba yo haber escrito para dicho periódico, aunque es de mi predilección, pregunté por lo ocurrido al director del mismo, mi amigo Miguel Sawa, quien me contestó lo que sigue:

«Efectivamente; hace cuatro o cinco meses denunciaron a DON QUIJOTE por la publicación de un artículo de usted—muy hermoso, por cierto—que yo reproduje de *El Pueblo*, de Valencia, periódico que lo tomó del *Heraldo de París*, y en el cual artículo comentaba usted con sabia ironía la catástrofe de la Martinica. Este artículo lo han reproducido después, sin haber sido denunciados, entre otros periódicos, *La Lucha*, de Vigo; *El Porvenir Navarro*, de Pamplona; *Acantilado*, de Granada, y *El Combate*, de La Coruña.

MI declaración:

—Si; es un artículo reproducido.—Si; el apellido Bonafoux termina en équis. Sawa se escribe con doble v. ¡Pero usted desconoce la ortografía de los grandes nombres!—No; no sé dónde vive el Sr. Bonafoux. He oído decir que en París. Pero puede que sea en Londres. ¡O en el infierno!...

Con este auto de Sawa, escribí al señor cónsul una carta... que contiene el siguiente párrafo: «Si los escritores que vivimos en Francia y escribimos en los periódicos que se publican en París, autorizados por las leyes francesas, tuviésemos que responder cada vez que se denuncia en España a los periódicos que reproducen nuestros artículos, es claro que usted tendría que dedicarse exclusivamente a oír declaraciones en una ciudad donde el tiempo es oro para los que trabajamos.»

Esto quiere decir que no voy al Consulado; que iré a la Prefectura, y que allí, después de traducir yo el exhorto, que vendrá en español, por lo francés macarrónico y en papel de barba, pasaré el maturo de ver reflejado en el semblante de la autoridad el asombro producido por que se persigan, a través de fronteras, delitos que se cometieron autorizados por las leyes francesas, en la Prensa de París.

Asombro que quiere expresar:

—¡No hay criminales en España, puesto que se persigue con tanto ahínco a los periodistas!...

A lo que yo contestaré, como otras veces:

—Es que para los Gobiernos que en España se usan, o que tienen completamente usada a España, la mayor de los crímenes es pensar, aunque se piense en el extranjero... ¡Si, señor prefecto; comparado conmigo, el Garreta es un hombre de bien!...

LUIS BONAFOUX

A MISA

A misa tocaban en cierto lugar, cuando un caballero de cara formal y más de once lustros lo menos de edad, a toda carrera, sin ver, sin mirar, aquí tropezando, cayendo acullá, derecho a la iglesia con ansia y afán, cruzaba las calles como un vendaval.

Ya cerca del templo, de cara se dá con un señor grave que le hace parar; mas, sin preocuparse del choque fatal, tan sólo pregunta con viva ansiedad: —¿Querrá usted decirme si puedo alcanzar la misa?—Y el otro con gran seriedad le dice:—¿La misa?

Al paso que va no sólo la alcanza, la deja usted atrás.

ORACIÓN FÚNEBRE

Ayer se suicidó un joven por falta de recursos para vivir. Como hasta ahora, que yo sepa, ningún moralista al uso ha pisoteado su tumba, según costumbre, y como sería injusto privar al muerto del sahumerio de insultos y recriminaciones a que tiene derecho, voy a remediar la falta supliendo yo al moralista descuidado o perezo:

Y empiezo así, dirigiéndome al cadáver:

«Si pensaste, al tomar esa resolución, que alguien iba a compadecerte, buen chasco te has llevado. Escucha la oración fúnebre que te dedica la opinión por medio de su órgano, la prensa:

«Ayer, a las doce y media del día, entró un joven estudiante en el café Imperial, se sentó a una mesa, sacó del bolsillo la lista de la última lotería, la repasó, estrujóla después, llamó al mozo, pidió varios platos, comió, tomó café y un cigarro, escribió dos cartas, una al juez y otra a una señora de la aristocracia, lamentándose de que no le hubiera facilitado la cantidad que le había pedido; meditó algún tiempo, sacó un revólver, se disparó dos tiros sobre el costado izquierdo, acudió gente, le colocaron en un coche, y expiró antes de llegar a la casa de socorro.»

Es laconica, ¿no es cierto? Y sencilla; sencilla sobre todo. Al políptico más insignificante que sale en tren de tercera para su pueblo, o al peor cómic que estrena una obra, se le dedican generalmente más líneas. Pero dejémoslos de vanidades mundanas y al asunto.

¿Tú creías en otra vida? ¡Si! Pues te has cerrado sus puertas, al decir de los que se comunican directamente con Dios y saben que no perdona al que se impacienta por verle. ¡No! Pues has debido permanecer en este planeta el mayor número posible de años, que, como dijo, no sé quién, no es tan malo a falta de otro mejor.

Iba a tacharte de cobarde, mas renuncio a ello por no verme obligado a justificar el calificativo con unas cuantas frases huecas, declamatorias y pasadas de moda, y porque, aquí entre nosotros, siempre he tenido al suicida por valiente, que alientos de héroe se necesitan para tirarse de cabeza en la nada, en vez de bajar humildemente uno a uno los peldaños de la existencia.

Y ahora viene el cargo más terrible. ¿A quién se le ocurre suicidarse por carecer de recursos al empezar la carrera de la vida? ¡Privarse de la existencia por tan poco! ¡Pues apenas hay medios para enriquecerse! Estafas, falsificaciones, sociedades de crédito, viejas libidinosas... La escala es inmensa.

Ya ves que hasta ahora, separándome de la práctica establecida y de lo que me propuse al comenzar estos renglones, ni te he llamado loco, ni malvado, ni criminal. Mas no me lo agradezcas, que lo hago a fin de tenerte propicio para que me confíes un secreto.

¿Qué has dejado por aquí? Hablo de afectaciones, de cariños, que de bienes ya se como andabas. ¿Has dejado amigos? Lo dudo, que nunca los tuvo el desventurado. ¿Novia? Tampoco es probable, que tus extrañas ideas sobre la dignidad seducen y enamoran poco. ¿Y madre? ¿Has dejado madre? ¡Si! En este caso, único, mereces los calificativos que no me atreva a aplicarte, y me complazco en llamarte loco y malvado y criminal, que lo es, y en grado máximo, el hombre que se priva de la vida por cualquier causa mientras exista la que le dió el ser y pueda decirle, con las entrañas desgarradas, lo que Cristo a su padre: ¡Por qué me has desamparado?

JOSÉ NAKENS

LA MUJER DEL AUTOR

Acababa de terminar el segundo acto de la obra, y el público, aburrido y nervioso, se dirigía al foyer a desahogar su mal humor.

No había discusiones; en todos los grupos se trataba sin piedad al pobre autor que, muerto de miedo, recorría el saloncillo de la dirección, interrogando febrilmente a sus amigos.

—La verdad, ¿cómo recibe el público mi obra? Todos se excusaban de contestarle.

—Hasta ahora, ni bien ni mal... La gente está algo fría, algo reservada... Ya veremos si cambia en este último acto...

El poeta insistía, temblando de emoción.

—¿Pero cómo se me trata? ¿Es que no se me discute siquiera?

—El público espera a que termine la obra para dar su opinión... Eso sí, está arma al brazo. Pero ¿qué diablo! no hay que desanimarse. Todavía no puedes dar por perdida la batalla.

Y le estrechaban cariñosamente la mano, no sabemos si para animarle o dándole por anticipado el pésame.

—¡Valor!

No, no parecía muy interesada en el éxito de la obra; Asomada a su palco, alegre, sonriente, sin apenas prestar atención a las palabras que la dirigían, escurría todo el teatro con sus pequeños gemelos de nácar.

—Ha venido muy buena gente... mi marido no podrá quejarse...

El telón se alzó pausado y solemnemente. Comenzaba el tercer acto, el último de la obra. Se hizo en seguida el silencio y el público se dispuso a oír.

La mujer del autor charlaba mientras tanto con su acompañante, sin preocuparse de lo que pasaba en escena.

—Me gustan mucho los estrenos... Mi marido no quería que viniese. «Mira, si la obra fracasa—y puede fracasar—pasarías un mal rato.» Pero yo insistí tanto y tanto, que logré convencerle. ¡Y he venido sólo por ti, créeme, por verte!... No, ya sé que mi conducta es infame, que no merezco perdón de Dios. Pero yo no soy, no debo ser responsable del amor que te tengo... ¡Si tú supieras los esfuerzos que he hecho por olvidarte!... Pero siempre resulto vencida en esta lucha de mis sentimientos. Si, yo tengo la voluntad de amar a mi marido, y, sin embargo, sólo puedo amarte a ti. ¡Mira si soy desgraciada, si soy digna de compasión!

Se habían retirado al fondo del palco, sin preocuparse ni poco ni mucho de la representación.

—¡Oh, vida mía!—Y la besaba las manos, no encontrando palabras con qué expresar sus sentimientos.

El público, aburrido, comenzaba otra vez a impacientarse. Ya nadie se fijaba en la escena. En los palcos se hablaba en voz alta y se reía a carcajadas.

De pronto se oyó una voz que decía:

—¡Esto es de una inmoralidad repugnante!

Entonces se inició el desfile. Las señoras, corridas de vergüenza, se atropellaban unas a otras para salir cuanto antes de la sala.

Un crítico de profesión, puesto en pie y rodeado de sus amigos, juzgaba la obra a gritos, nervioso de indignación.

—¡Insoportable! si, digo que insoportable! El público no puede honradamente transigir con ciertas inmoralidades. No, no es posible traer al teatro asunto tan escabrosos. Ya lo ven ustedes; la gente se va para no oír la obra. Declaro que hay muchas mujeres que engañan a sus maridos. Pero el público, y hace bien, no se resigna a ver en escena el espectáculo del adulterio. El teatro debe ser escuela de moral y no de malas costumbres. Si, insisto en que esta obra no es digna de que la vean nuestras hijas.

Cuando cayó el telón, el teatro se hallaba casi vacío. No hubo aplausos ni protestas. El silencio frío de los grandes fracasos.

Y allá, ocultos en el fondo del palco, la mujer del autor y su amante, indiferentes ante la catástrofe, con las manos cogidas, tartamudeaban estremecidos las frases eternas del eterno autor.

MIGUEL SAWA

LIBROS

Se ha publicado el *Almanaque Bailly-Baillière para 1903*.

Eusebio Blasco dice de él lo siguiente:

«¿Qué libro!

Hay para entretenerse con él tres o cuatro meses. Libro *omnibus*, libro para todos. Desde el menú para la familia hasta la historia de los Reyes de Italia, y desde los evangelios de la semana hasta la manera de salvar al que se ahoga, en este Almanaque hay de todo, absolutamente de todo y algunas cosas más.

Estas cosas más son los premios de un sorteo

originalísimo, en el que hay yo no sé cuántos objetos que pueden tocarle al agraciado. Relojes, libros, fonógrafo, una cámara fotográfica... ¿qué se yo! No hay más que abrir la cartera que va al final del Almanaque: si contiene una paleta de color está premiado. Y los premios son muchos, muchísimos...

Y además se habla en él de el lenguaje de la tarjeta, la lengua universal *El Esperanto*, los himnos nacionales de todos los países, el arte del peinado, las sortijas, el oro y la plata que ruedan por el mundo, manera de defendernos cuando quieren pegarnos, el automovilismo, el primer andarín del mundo, todas las enfermedades y todos los remedios, el año filatélico, los perros de guerra, los aires populares con la música para tocarla al piano; todo, todo, todo lo que no se le ocurre al lector vulgar aprender en ninguna parte y se lo encuentra hecho a la vista!.

Precio del Almanaque: 1,50 pesetas.

Agenda del Bufete para 1903. Se han puesto a la venta las diferentes ediciones que de esta muy útil obra de anotaciones y consulta hacen los editores, Sres. Bailly-Baillière é Hijos.

Lo muy conocida que es esta obra nos releva de hacer descripción alguna, limitándonos a recomendar a nuestros lectores su pronta adquisición, pues con su uso, a más de poder llevar una contabilidad sencilla, tendrán un verdadero guía de Madrid y cuantos datos deseen sobre Ministerios, aranceles, correos, telégrafos, ferrocarriles, cambios, pagarés, letras, etc.

Acaba de publicarse la famosa obra de Federico Nietzsche, titulada *EL ANTICRISTO, Ensayo de una crítica del cristianismo*, traducción directa del alemán por el licenciado en filosofía y letras, D. Luis J. García de Luna. No dudamos que obra de tesis tan atrevida ha de discutirse mucho entre los aficionados a estudios de filosofía y sociología.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

«¿Qué elegancia! ¿Qué confort! ¿Qué gusto! ¿Qué arte! (Exclamaciones de admiración del público visitando el gran almacén de muebles de A. Vallejo, Alcalá, 17.)

Ríanse ustedes de todos los licores conocidos y por conocer ante las excelencias del *Ants del Mono*. ¡Es el néctar de los dioses, según hemos tenido el honor de decir en más de una ocasión!

El mejor negocio que puede hacerse en Navidad y... en todas las épocas del año: asegurarse la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos*, Sevilla, 13.

Se necesita un socio capitalista con 2 ó 3.000 duros para emprender la desinfección de los aguardientes de orujo, industria que dará grandes resultados, sin pérdida de capital. Informarán en esta Redacción.



**EL MAS FINO,
EL MAS SUAVE QUE SE CONOCE**
Librito con 120 hojas, 15 céntimos.
De venta en todos los estancos de España.
Depósito: Arco de Santa María, 23.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 8 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán a esta Administración. Pagos anticipados.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA
Plaza de Santa Ana, núm. 1.
Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.
VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.
PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, a nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado.